

EL SIGLO QUE FUE*

Iván Molina Jiménez
CICLA-Universidad de Costa Rica

Fue, ante todo, el siglo de la guerra. La carnicería de las trincheras que distinguió a la Primera Guerra Mundial (1914-1918) fue sucedida por los horrores de los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), por las masacres posteriores en Asia y África, y por las víctimas de la Guerra Fría (1945-1989). La sombra en forma de hongo que perpetuamente se levanta sobre Hiroshima y Nagasaki desde 1945 fue el heraldo de un holocausto total que todavía no ocurre, pero que patentiza que el liderazgo, entre las bajas, le corresponde a los civiles más que a los militares. La tragedia de los no combatientes fue la que precisamente proporcionó a este siglo su logo indisputable: una pintura de Pablo Picasso, aunque según se dice que dijo el artista, tal obra no fue concebida y ejecutada por él, sino por la aviación nazi.

Fue, sin duda, el siglo de las revoluciones. La mexicana, iniciada en 1910, que transformó violentamente la estructura social y agraria legada por el porfiriato. La bolchevique de 1917, que forzó la industrialización rusa en detrimento del campesinado y sentó la base para el mundo bipolar posterior a la Segunda Guerra Mundial. La china de 1949, cuya contención por el occidente capitalista fue pagada con creces por los países vecinos, en particular Corea, Vietnam y Camboya. La cubana de 1959, que sobrevive a 40 años de asedio imperial y que, en su momento, contribuyó a hispanizar Miami y a esparcir por toda Latinoamérica la esperanza revolucionaria. La sandinista de 1979, que democratizó a Nicaragua y, en su curso y a su costa, propició el cambio social y político en El Salvador y Guatemala.

Fue, por añadidura, el siglo de los guerrilleros. Los "rebeldes primitivos" de épocas anteriores, que todavía se los podía encontrar entre las filas de los partisanos antifascistas de la década de 1940, dieron paso a una nueva figura histórica, que encontró su mejor expresión en el universo latinoamericano. El prototipo fue un teósofo nicaraguense, César Augusto Sandino, que luchó contra la ocupación de su país por tropas estadounidenses; sin embargo, la expresión más acabadada le cupo a un médico argentino, Ernesto Guevara. El rostro repetido del "Che" en miles de camisetas y otros souvenirs, aparte de evidenciar el potencial comercial de este nuevo símbolo, perpetúa una amenaza futura de impugnación del orden establecido. El subcomandante Marcos, localizable vía Internet o con solo marcar el 3615 Zapata, pertenece a ese porvenir.

Fue, indiscutiblemente, el siglo de los estudiantes. Los de Córdoba, en 1918, que veían en la universidad un instrumento para la acción social. Los de París, en mayo de 1968, que corrigieron la admisión pública de "amaños los unos a los otros" por "amaños los unos encima de las otras" (consejo que, como se aprende en la práctica, puede ser escrito y observado perfectamente al revés). Los que cayeron en el anochecer de Tlatelolco en el último año indicado, y en Tiananmen en 1989. Los que invadieron Washington para exigir "peace and love". Los que apedrearon la Asamblea Legislativa de Costa Rica en 1970 al canto de "Alcoa no" (algunos de los cuales, varios lustros después, empezaron a gritar "Alcoa sí"). Los que en todo el planeta y junto con sus familias más de una vez se preguntaron, como en la canción catalana de Luis Serra-Him, "¿que volem aquesta gent que truquen de matinhada?"

Fue, especialmente a partir de la experiencia fascista, el siglo de los desaparecidos, una práctica en la que, después de 1950, se especializaron las dictaduras del Tercer Mundo y, en particular, las latinoamericanas. La desesperación de Jack Lemmon en "Missing", las angustias de Norma Aleandro en "La Historia Oficial", y la esperanza y la incertidumbre de esas mujeres que bailan solas en la canción de Sting, están sintetizadas en la manifestación cotidiana de las madres de la Plaza de Mayo y de otras a lo largo del planeta que, aunque han liberado los espacios en que desfilan, todavía no pueden, según los versos de Pablo Milán, detenerse "a llorar por los ausentes".

Fue el siglo del terrorismo y, sobre todo, del terrorismo de Estado. La matanza de 1932 en El Salvador, justificada con la excusa de la lucha contra el comunismo, y las masacres del Kmer Rojo en Camboya en el decenio de 1970, se ubican, junto con las cámaras de gas nazis, en el extremo de un espectro que incluye, a su vez, las purgas y los gulags de Stalin, la "gran revolución cultural" de Mao, la policía racial de la Suráfrica del apartheid, los escuadrones de la muerte latinoamericanos y, en su versión más legal y constitucional, la caza de brujas desatada en Estados Unidos por los inquisidores macartistas. La impunidad que protegió usualmente a los asesinos oficiales —en la práctica, mucho más sanguinarios que el personificado por Donald Sutherland

en "1900" de Bertolucci— fue consagrada por la política de "perdón y olvido" de las "democracias" que florecieron bajo la sombra de los militares a partir de la década de 1980.

Fue, para trastorno de la cartografía establecida, el siglo de la descolonización, y fuera cercana e interna, como en el caso de Irlanda e incluso el sur de Estados Unidos, o externa y ultramarina. La experiencia paulatina y pacífica de la India, bajo el liderazgo de Ghandi, contrastó con los casos traumáticos de Argelia (1954-1962) e Indochina (1945-1975). El primero contribuyó enormemente a popularizar los shocks eléctricos como forma de tortura, y el segundo fue la base de las guerras de Corea y Vietnam. La independencia de las colonias británicas en el Medio Oriente, todo vez que los ingleses inventaron un Estado judío en Palestina, dejó como legado uno de los conflictos más complejos y violentos posteriores a la Segunda Guerra Mundial: el árabe-israelí.

Fue, desigual, esporádica y limitadamente, el siglo de la democracia. La descolonización de Asia y África fue fecunda en dictaduras de izquierda o derecha, en tanto que los regímenes democráticos, a menudo fuertemente censitarios, de Europa y América Latina, fueron barridos y sustituidos por tiranías militares en el contexto de la crisis de 1930. La Guerra Fría, que contribuyó a consolidar el totalitarismo en el mundo del "socialismo realmente existente", dio un nuevo aliento a la España franquista y al Portugal de Oliveira Salazar, al tiempo que jugó en contra de la democratización en el universo latinoamericano. Estados Unidos (cuya bandera está cosida con "barras de cárcel" y "estrellas robadas", de acuerdo con la gráfica expresión del poeta comunista chileno, Pablo Neruda) coadyuvó a que así fuera, al patrocinar el terrorismo estatal, las "guerras de baja intensidad" y el aborto de dos experiencias claves en Latinoamérica, la de Guatemala en 1954 y la de Chile en 1973.

Fue, para sorpresa del fantasma invocado por Marx y Engels en 1848, el siglo del comunismo. Las revoluciones comunistas —especial aunque no únicamente en Rusia y China— transformaron, en unas pocas décadas, milenarias sociedades campesinas, tecnológicamente atrasadas, en potencias industriales y militares, al tiempo que aseguraron al conjunto de su población condiciones de vida, distantes aún de las del occidente capitalista sin duda, pero sin precedentes en comparación con las que tuvieron en el pasado prerrevolucionario. El peligro rojo, a su vez, proporcionó un estímulo decisivo no sólo para la carrera armamentista y espacial emprendida por el capitalismo, sino para que las democracias occidentales consolidaran y profundizaran las políticas sociales iniciadas, tímidamente, por los gobiernos liberales antes de 1914.

Fue, en un sentido decisivo, el siglo de la justicia social y de su crisis. Las políticas públicas en los campos de la educación, la salud y el empleo, que adquirieron una nueva dimensión tras el New Deal de Roosevelt en la década de 1930, se convirtieron en la norma en las democracias occidentales tras la Segunda Guerra Mundial, pero enfrentaron un cuestionamiento y un deterioro crecientes a raíz de la globalización económica y del ascenso político, en la década de 1980, de una nueva derecha, partidaria del "ultra free market", cuyos representantes más conspicuos fueron el contra Ronald Reagan y la amiga de Augusto Pinochet, Margaret Thatcher. Los países más pobres del planeta (varios recientemente descolonizados) y que no fueron transformados por una revolución, comúnmente no ofrecieron a sus poblaciones más que un mínimo de bienestar, el cual bastó, sin embargo, para que explotaran demográficamente.

Fue, por lo dicho, el siglo en que varones y mujeres crecieron y se multiplicaron. La población mundial, que alcanzó 2,000 millones de personas en 1930, se duplicó en los próximos 45 años, proceso que se concentró en el llamado Tercer Mundo, cuyo peso en el total planetario de almas subió de 65 a 73 por ciento entre 1900 y 1975. El control de la natalidad en las democracias occidentales (en particular, en Europa), el aumento excepcional de la productividad agropecuaria en el occidente industrial y el uso combinado del DDT y de los antibióticos en los países pobres (con sus efectos sobre el aumento en la esperanza de vida y la baja en la mortalidad infantil) son los principales factores que explican este incremento y redistribución de los seres humanos a escala global. La explosión demográfica (cuyo ritmo superó el de la producción de alimentos en ciertos territorios de Asia, África y América Latina que fracasaron en sumarse a la revolución verde) contribuyó a agravar el desempleo y la pobreza y a propiciar el éxodo de los habitantes del campo.

Fue, evidentemente, el siglo de las ciudades. La población urbana suponía un 42 por ciento del total

mundial en la década de 1980 y los mayores conglomerados se ubican en el Tercer Mundo: El Cairo, México, Sao Paulo y Shanghai. El paisaje social y cultural configurado en estas y otras urbes yuxtapone —en palabras de García Márquez— los "morideros de pobres" con barrios palaciegos y rascacielos de lujo, sistemas de transporte a punto de colapsar con una contaminación creciente, todo en el contexto de una vida cotidiana dominada por el miedo de ser víctima de la violencia criminal o policial. Las operaciones de "limpieza" infantil —los "niños silvestres" de Serrat— son el perfil más ominoso y deshumanizado de unos universos ciudadanos que, gracias a su expansión incontrolable alimentada por la venida de nuevos migrantes, tienden a aproximarse a los evocados por Ridley Scott en "Blade Runner".

Fue, en continuación de su predecesor, el siglo de las migraciones. La del campo a la ciudad fue el principal proceso interno, el cual, aparte de desencadenar la urbanización sin precedente ya descrita, atrajo población de las áreas pobres a las económicamente más dinámicas. Los desplazamientos anteriores fueron complementados por los que se dieron a nivel internacional, cuyo flujo cambió de dirección. El destino clásico (de Europa a América) se modificó a raíz, primero, de las guerras y revoluciones (especialmente los dos conflictos mundiales, con sus saldos consecuentes de refugiados), y después de 1950, debido al desfase en las oportunidades entre países atrasados y adelantados. Los inmigrantes de las excolonias asiáticas, africanas y americanas y de la franja mediterránea europea pronto empezaron a inundar la Europa occidental, al tiempo que Estados Unidos vivía un proceso similar con sus vecinos latinoamericanos. El alza en el racismo y la xenofobia que acompaña a tales movimientos es un fenómeno cultural que se extiende por todo el planeta y del que no escapa siquiera Costa Rica.

Fue, y para constatarlo basta con salir a la calle, el siglo de la contaminación y el desastre ecológico. Las viejas chimeneas del Londres dickensiano fueron el augurio de una revolución industrial mundial que deforestó el planeta, contaminó sus mares y ríos, envenenó su aire y destruye la capa de ozono, en palabras de Stephen Jay Gould, en su relación con el ambiente, la humanidad parece librar una guerra civil contra sí misma. El dilema finisecular es cómo mantener el crecimiento económico necesario para sustentar una población mundial que podría estabilizarse en unos 10,000 millones de personas en el 2030, y cuyas expectativas sociales y políticas son ampliar y diversificar sus niveles de consumo, sin provocar una catástrofe irreversible en el medio. La cuestión es tanto más compleja cuanto la dinámica de mercado intensifica una competencia capitalista transnacional que tiende a escapar a los controles de la sociedad y el Estado.

Fue, como en la casa de los espejos, el siglo de las identidades. Las políticas, ya fueran nacionales, imperialistas, revolucionarias, autonomistas o separatistas, sin olvidar, dentro o junto a las anteriores, las propiamente partidistas y de clase. Las étnicas, que fueron una de las bases de los movimientos por los derechos civiles de la población negra en Estados Unidos y Suráfrica y de las reivindicaciones indígenas en Guatemala y otras partes de América Latina. Las religiosas, a veces racialmente informadas y claves en conflictos como el irlandés, el hindú-pakistani y el árabe-israelí. Las sexuales, que abrieron un espacio público para homosexuales y lesbianas. Las generacionales, certificadas científicamente por la psicología, explotadas de manera sistemática por la publicidad en pro del consumo diferenciado y fundamento de una cultura juvenil transnacional que encontró su mejor símbolo en los jeans. Y las de género, expresión de los movimientos feministas y del impacto que el feminismo ha tenido en las ciencias sociales, sin excluir la historia.

Fue, para honor del viejo adagio de Marx de que el desarrollo de una sociedad se mide por la posición social de la mujer, el siglo de las mujeres. Los derechos políticos, el trabajo asalariado fuera del hogar, la educación y el control de su capacidad reproductiva mediante los métodos anticonceptivos, convirtieron a las "esclavas de ayer" (según las define una estrofa del himno del Colegio Superior de Señoritas de Costa Rica) en personas y ciudadanas libres con sus propios proyectos sociales y de vida. La magnitud de este cambio fundamental, a veces oculto por las formas de violencia, subordinación y discriminación que ciertamente enfrentan todavía, no tiene precedente en la historia humana y es un factor esencial para explicar la revolución cultural posterior a 1950, desde las transformaciones experimentadas por las relaciones de pareja, la sexualidad y la familia hasta el ascenso del individualismo y el retroceso ideológico de las iglesias, en cuenta de la católica.

Fue, gracias a los derechos civiles y de consumo ganados por los hombres y las mujeres comunes, el siglo

* Conferencia dictada en el Centro Cultural Español en septiembre de 1999.

de la cultura de masas, esencialmente audiovisual y, a largo plazo, cada vez más influida por un modelo estadounidense, difusor de los estilos de vida *made in USA*. La prensa diaria, pero sobre todo la radio, el cine y la televisión se apropiaron de diversos contenidos culturales de origen popular y los convirtieron en la base de una nueva industria, decisivamente condicionada por la publicidad y el mercado, y clave para llenar el tiempo de ocio. La "alta cultura", en contraste, se eclipsó (el caso clásico fue la música clásica), buscó refugio financiero en las universidades (tabla de salvación de los escritores de ficción no comerciales y de los poetas) o procuró adaptarse al nuevo orden, como fue la experiencia de los compositores incidentales, de los guionistas cinematográficos o de los cantautores.

Fue, en revancha de una tradición cultural que parte del Renacimiento, el siglo del arte y la literatura no europeos. La recuperación de las obras artísticas de las civilizaciones antiguas de África, Asia y América, gracias a los trabajos arqueológicos, fue el inicio de una revaloración decisiva del quehacer de los creadores contemporáneos de esos continentes, apoyado a menudo por el desarrollo de las cinematografías nacionales. La narrativa americana —en inglés y español— trastocó, a su vez, el mapa literario mundial, al que aportó desde las predicaciones y predicamentos de Elmer Gantry o la ética de Philip Marlowe hasta la invención de Morel o la soledad de Pedro Páramo, sin olvidar las hojas de hierba de Whitman o el azul dariano.

Fue el siglo de la ciencia ficción y el siglo en que la ciencia ficción dejó de serlo, ya que muchas de las más extrañas invenciones y de las peores pesadillas que describieron sus cultivadores, y otras que ni siquiera imaginaron, encontraron vías para su realización. La ciencia y la tecnología transformaron la vida y el quehacer cotidiano de la población mundial en una escala sin comparación con el pasado, un proceso en cuyo curso los nuevos aprendices de brujo abrieron la caja de Pandora de una vez y para siempre. La física nuclear, entre varias posibilidades, dotó a la humanidad del conocimiento y el instrumental para aniquilarse a sí misma masivamente, en tanto que la revolución en la genética le ha abierto la puerta para experimentar con la biotecnología. La teoría del caos, aplicada a la dinámica científico-tecnológica, valida constante y —en ocasiones— ominosamente su propio principio de incertidumbre.

Fue, como lo señala el historiador Eric Hobsbawm, un "siglo corto", que empezó tarde, en el marco de la utopía revolucionaria convocada por el triunfo bolchevique de 1917, y que terminó temprano, en 1991, con el derrumbe del mundo soviético (prologado por la caída del muro de Berlín en 1989), y en medio del desencanto y la desesperanza. Fue un siglo con el que concluyó un milenio (por lo menos según la cronología occidental) y también modos de vida y visiones de mundo de orígenes milenarios. Fue el siglo en el que comunidades y familias, que fueron el eje de la sociedad en el pasado, empezaron a ser sustituidas por ciudades anónimas, cada vez más atomizadas. Fue, gracias a vanguardias intelectuales, científicas, artísticas y políticas identificadas con la crítica de lo establecido y con la reforma social, el siglo de la modernidad, y en su ocaso, el de la posmodernidad, que es la modernidad sin vanguardias.

Fue, en fin, el siglo que engendró la globalización: esta nueva etapa del capitalismo, que empezó a configurarse después de 1960, pese a sus atractivos tecnológicos y de otro tipo, está dominada por una dinámica adversa a la ecología y a la justicia social. La cultura global, que se levanta sobre las cenizas de las viejas utopías y de los antiguos vínculos solidarios de carácter familiar y comunal, tiende a convertir a los ciudadanos imaginados por los liberales de otrora en simples consumidores, sin más responsabilidad colectiva que la satisfacción de sus expectativas y necesidades individuales (como lo expresó Margaret Thatcher, "no existe la sociedad, solo los individuos"). El último y más terrible legado del siglo XX fue este nuevo "Prometeo desencadenado", y en ninguna póliza de seguro consta que, en un contexto de destrucción ecológica creciente y de pobreza agudizada, ese accidente que es la civilización humana vaya, obligatoriamente, a sobrevivir a su furia.

Bibliografía mínima

- Benz, Wolfgang y Graml, Herman, *El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, 4a. edición. México, Siglo XXI Editores, 1984.
- Bethell, Leslie, ed., *Latin America. Politics and Society Since 1930*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Hobsbawm, Eric, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. London, Abacus, 1995.
- con Polito, Antonio, *On the Edge of the New Century*. New York, The New Press, 2000.
- Sánchez-Albornoz, Nicolás, *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, 2da. edición. Madrid, Alianza Editorial, 1977.
- Williams, Raymond, *Hacia el año 2000*. Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- Wills, Gary, "A Reader's Guide to the Century". *New York Review of Books*. XLVI: 12 (July 15, 1999), pp. 24-28.